

Julio Beltrán y Carlos Pereda (comps.), *La certeza, ¿un mito? Naturalismo, falibilismo y escepticismo*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 2002, 226 pp.

La epistemología se ha convertido en una suerte de afición que solamente disfrutaban algunos privilegiados *connoisseurs* que no se dejan engañar por su aparente aridez y escolasticismo (recordemos la paráfrasis heideggeriana de Kant acerca de que el escándalo de la filosofía es que todavía algunos se sigan preocupando por la existencia del mundo externo). La máscara oculta alguna de las innovaciones más radicales que se han producido en la filosofía contemporánea, entre las que merecen destacar las variedades de lo que se ha venido en llamar fiabilismo, de entre las cuales la teoría de las virtudes epistémicas de Ernesto Sosa es quizá la más sofisticada y resistente a las plagas de contraejemplos que recorren periódicamente la epistemología. Se mueven los falibilistas de virtudes en el filo de los postulados escépticos con la suficiente habilidad para concederle casi todo salvo lo que el escéptico más desea, a saber, su objetivo práctico, que no teórico, de socavar nuestra confianza en el conocimiento. Mas por esa cercanía y comprensión de la lógica del escepticismo abren su campo a los argumentos de quienes creen que se ha llegado demasiado lejos.

Alrededor de esta controversia, Julio Beltrán y Carlos Pereda han reunido en este volumen varios ensayos, réplicas y contrarréplicas que configuran una aproximación cautelosa, sabia y oblicua al persistente problema del escepticismo. Sin ser un tratado de historia de las ideas, se acercan al escepticismo a través de las lentes del pensamiento de varios autores, de varios grandes autores: Descartes (Ernesto Sosa), Kant (Pedro Stepanenko, José Marcos de Teresa), Schopenhauer (Douglas McDermid), Popper (Guillermo Hurtado). Sin ser un trabajo sistemático, la antología nos lleva a las cuestiones centrales de la epistemología con una sana despreocupación por las autorías y sus anécdotas, mirando sólo el sesgo particular que cada autor da a la cuestión del escepticismo, ciertamente, sabiendo que se está leyendo a una autoridad con la mirada de un comentarista.

Así, en manos de Ernesto Sosa, Descartes responde a Barry Stroud o, con más precisión, al principio en el que Stroud se apoya para su bien conocido desafío escéptico. No es otro que el principio de ascenso epistémico: para conocer algo hay que excluir toda posibilidad radical (sueños, demonios, cerebros en cubeta y mundos Matrix en general). También según Sosa, Descartes habría encontrado una peculiar variedad de fiabilismo: la que devela la afirmación de que el matemático ateo podrá llegar a alcanzar la *cognitio* pero nunca la *scientia*, que solamente logrará el creyente que conoce la teodicea.

La intención transparente de Ernesto Sosa es conducirnos hacia una forma de fiabilismo en el que la relación tradicional de confianza sea sustituida por una más robusta interacción, tal como la que ofrecen las virtudes epistémicas. Las virtudes son algo más que un mecanismo estadísticamente fiable: son disposiciones del sujeto que han sido conformadas por su capacidad para producir verdades, que han sido diseñadas, si se pudiera decir tal cosa, por su capacidad para producir verdades. En este trabajo Ernesto Sosa avanza un paso más en su teoría de las virtudes, con el objeto de responder a las críticas habituales al fiabilismo: se necesita además aquel conocimiento de los procesos de conocimiento que hace patente el carácter virtuoso de las virtudes, una particular forma de pensamiento reflexivo que tendría su ancestro en la teodicea cartesiana. Sin embargo, Sosa no nos aclara cuál sería el correlato contemporáneo de la teodicea. Se me ocurren dos razones. La primera es que quizá desee dejar abierta la respuesta, tal vez porque considere que las formas que adoptaría esta reflexión metacognitiva son distintas en relación con el particular dominio de conocimiento sobre el que versen las virtudes (quizá la sustituta de la teodicea para las matemáticas no tenga que ser la misma que para la biología, pongamos por caso). La segunda conjetura es que posiblemente Sosa no excluya un estudio empírico de los propios procesos de conocimiento pero quiera evitar meterse en los berenjenales de las controversias sobre la naturalización de la epistemología. Cualquiera que sea la razón por la que Sosa deja indeterminada la naturaleza de esta reflexión, la analogía con la teodicea abre

una ulterior cuestión que probablemente Sosa no haya pensado relevante, pero que sí lo era, y mucho, para Descartes: ¿cuál será el correlato actual de la fe, que Descartes exige al matemático sabio, junto al conocimiento de la teodicea? ¿Tal vez la confianza, lazo afectivo que precisamente caracterizaría particularmente bien al fiabilismo? Pues el fiabilismo es, más allá de una inferencia estadística, un juicio que se hace sobre ciertos fondos, entre los que no se excluye el papel de la confianza (racional).

El heterodoxo cartesianismo de Ernesto Sosa recibe dos respuestas en este volumen. Margarita Valdés, quien da la primera, aporta una inquietante posibilidad que debería recibir una adecuada contestación: ¿y si el conocimiento producto de la operación reflexiva ya no fuese el mismo que aquel producto de las virtudes o capacidades prerreflexivas (animales)? Pues si fuera el caso que la reflexión transformase el contenido producido por la facultad correspondiente, parecería que se hace inevitable una conclusión que nos llevaría a algún espécimen de la variedad coherentista. (Aunque también se podría devolver la pregunta a Margarita Valdés y cuestionar si lo que nos está queriendo decir es que cualquier reflexión transforma el contenido proposicional del objeto de reflexión, con lo que obtendríamos unas no menos inquietantes posibilidades en la metamatemática.)

Carlos Pereda, por su parte, mostrando cierta simpatía por la aproximación de las virtudes epistémicas, opta por considerarlas de acuerdo con nuestra segunda alternativa anterior, a saber, como una variedad de la epistemología naturalizada. A renglón seguido cuestiona la distinción entre facultades y virtudes, pues su objetivo, al que apunta su reconstrucción, es subrayar la fragilidad de nuestras facultades cognitivas, distanciándose con ello de cualquier tentación dogmática y fundamentista. En una ulterior respuesta, Philip Robins le señala que tal vez haya perdido por el camino la normatividad, uno de los polos de tensión al que se enfrenta la epistemología naturalizada, a saber, la tensión entre lo descriptivo y lo normativo. Carlos Pereda, desde luego, podría responder, y así lo hace, que la postulación de la fragilidad no equivale al abandono de la normatividad.

Pero considero que lo que sí ha perdido era aquello que hacía peculiar y fresca la aproximación de virtudes defendida por Sosa frente al fiabilismo tradicional, incluidas las más recientes formas de contextualismo: las virtudes piden una *calidad* en la relación de conocimiento que no puede ser resuelta en una mera sensibilidad a la verdad o en una inferencia estadística sobre la tasa de aciertos de un mecanismo cognitivo. Y uno de los síntomas de la calidad es la robustez, algo que la insistencia en la fragilidad ha puesto en peligro. Es algo así como recordarnos cada vez que subimos al avión que las aeronaves también se caen. No nos ayuda mucho a soportar el viaje.

En el resto del volumen predominan las discusiones de tono más histórico que sistemático, sin que por ello pierdan interés para el epistemólogo. La primera es acerca de si la deducción trascendental kantiana podría ser leída como un gran argumento antiescético, en la línea interpretativa de Strawson en su influyente lectura de la Crítica, *The Bounds of Sense*; o si, por el contrario, éste es el núcleo de la presentación de Pedro Stepanenko, dada la crítica de Stroud, habría que pensar que el objetivo de Kant era más bien una particular variedad de convencionalista que estaría postulando que ni los objetos ni los valores de verdad pertenecen como componente a nuestros conceptos o a su aplicación. Pues, a diferencia del convencionalista, el escéptico sí cree que nuestros enunciados tienen valores de verdad y objetos, pero niega que nuestras capacidades alcancen a conocerlos. El bien armado trabajo de Stepanenko es contestado por José Marcos de Teresa, quien apunta que el convencionalista ya disuelve la respuesta escéptica, y que quizá Stepanenko no haya sopesado suficientemente la pregunta kantiana por la cosa en sí. Sospecho que la discusión sigue abierta y que quizá tenga menos interés referida a Kant cuanto a algunas lecturas contemporáneas (pienso en John McDowell y tal vez en Robert Brandom), pero dejaremos esta derivación para otro momento.

Schopenhauer y su visión antirrealista es el siguiente en la discusión, en este caso entre McDermid y Stepanenko. Hay cierta unidad entre los reproches de McDermid a la argumentación de Schopenhauer y la respuesta de José de Teresa a Stepanenko.

En ambos casos se pone sobre el tapete de la controversia que el constructivismo (kantiano) pueda llegar a afectar a los argumentos realistas sin suponer alguna forma de idealismo. Que el idealismo sea una posición consistente es más bien controvertible, lo que es indiscutible es que el constructivismo clásico quiere evitar a toda costa la acusación de idealismo, y es aquí donde se abre un flanco a la robustez de sus ataques contra el realista, que al fin y al cabo quiere salvar una distancia entre creer y saber que está oscuramente amenazada en el idealismo y quizá en el constructivismo.

Wittgenstein, y en particular el Wittgenstein que Kripke ha controvertido en una forma de lectura canónica, es acercado a la arena de la controversia histórica con un sentido de la oportunidad difícilmente cuestionable. Como sabemos, la lectura radical kripkeana es que Wittgenstein nos habría dado una respuesta escéptica a una pregunta escéptica, de manera que este doble escepticismo clausuraría en cierta forma el escepticismo primitivo. El intercambio entre Efraín Lazos y Sílvio Pinto pone a discusión la doble cuestión, en primer lugar si Kripke ha interpretado correctamente a Wittgenstein, lo que duda Lazos y afirma Pinto, y si, en segundo lugar, Wittgenstein se habría movido en una suerte de escepticismo semántico. El punto central en ambos casos es la conexión entre significado y normatividad, puesto que es precisamente lo que Wittgenstein habría traído a la filosofía con su noción de regla y seguir una regla, como criterio de comprensión. La ortodoxia wittgensteiniana no es más sencilla de discernir a estas alturas del tiempo que la ortodoxia bíblica, y quizá la pregunta que cabe formularse es si los autores han conectado suficientemente el problema del escepticismo semántico y el cognitivo. Pues si bien es cierto que un escéptico semántico es un tipo muy radical de escéptico, es dudoso que el pirrónico esté viajando en el mismo vagón que el escéptico semántico.

La última discusión es la presentada por Guillermo Hurtado contra el fiabilismo. Conducido por Popper, se convirtió en una actitud epistémica que, sin llegar al escepticismo, se alejaba del dogmatismo que tantos escépticos ha creado. Se trata de una

actitud que ha tenido una recepción particularmente favorable en el ámbito de la filosofía de la ciencia de los años sesenta (Quine, Lakatos, además de Popper), resultado del fracaso del fundamentismo positivista y como búsqueda de una base filosófica para la tolerancia. Hurtado niega que tenga ninguna relevancia en ambos dominios y defiende una forma de no fiabilismo encajada en el sentido común: ¿cómo podría ser falsa la opinión de que no siempre se consigue lo que se desea? Los argumentos de Hurtado suenan muy plausibles, si exceptuamos su premisa básica, la de que sea posible diferenciar claramente entre conocimiento científico y sentido común, como si hubiera dos estrategias, dos perspectivas y dos instancias. Si las cosas estuvieran más claras, epistémicamente hablando, en el sentido común que en la ciencia mucho trabajo de los epistemólogos se habría hecho innecesario. Así, Moore nos habría demostrado para siempre la existencia del mundo externo levantando la mano, y las líneas antiepistemológicas wittgensteinianas habrían llevado la paz a los espíritus agitados. Lamentablemente, el escéptico del sentido común no es menos virulento: desde el psicoanálisis hasta los recientes eliminativismos materialistas en el problema mente/cuerpo es fácil encontrar una lista de críticas y problemas insolubles para la aproximación de Guillermo Hurtado.

Los temas recogidos en el volumen por los compiladores son todos imprescindibles para quien desee acercarse a la epistemología; el estilo de presentación, en forma de presentación, réplica y contrarréplica da un sabor fresco y apasionante a la lectura; los argumentos son claros, bien expuestos y bien respondidos por los replicantes. Todo ello convierte este libro en un trabajo de referencia obligada, mucho más en el panorama de la bibliografía en español, que muestra una cierta escasez de trabajos sobre epistemología.

FERNANDO BRONCANO
ibroncan@hum.uc3m.es